

De presidenta motera a una madre de cinco hijos.

“Nosotros somos aquellos de los que nuestros padres nos advirtieron”. Este era mi lema y con esta filosofía finalmente me convertí en la presidenta de un club motero. Creía que había cumplido todos mis sueños, ¿qué más podía lograr? Pero todo salió diferente a como esperaba.

Aguantando el tipo

Nací en 1963, la cuarta hija de mis padres, que deseaban un varón. Desde temprana edad intenté cumplir con sus expectativas. Jugaba con trenes y con chicos en mi calle. Aprendí de mi padre que las palizas y los gritos eran una forma aceptable de ganarse el respeto.

Sólo mi abuela representaba una luz en la oscuridad del mundo al revés de mi infancia, que estaba marcada por heridas tanto interiores como exteriores. Por las tardes solía rezar por mí. Aún así, mi corazón se volvió más y más duro y el placer de vivir era un concepto desconocido para mí.

La velocidad dejó atrás los problemas

El día que me senté en una moto por primera vez fue toda una revolución. Cuando aún no había cumplido los 13 años, mi vecino, un chico duro en el que había puesto el ojo, me invitó a dar una vuelta sobre su Kawasaki Z 1000. ¡Fue increíble! La explosión intensa de aire dejó atrás mis preocupaciones. Disfruté de la postura encorvada y el sonido de la máquina soltando su tremenda fuerza, sentí una enorme libertad mientras el potente motor transformaba el murmullo inicial en una aceleración brutal. Esta era la sensación que había estado buscando durante tanto tiempo.

Inmediatamente cogí la motito de mi hermana sin permiso y me iba a dar vueltas, buscando de nuevo esas sensaciones de poder, independencia y libertad. Desafortunadamente, la policía veía la conducción a temprana edad de forma diferente. Tuve que pagar un precio muy alto por estos momentos de libertad, a base de ira y palizas de mis padres.

Adentrándome en lo oculto

Cuando murió mi hermana en un trágico accidente, estaba abatida. Comencé a beber, fumar hierba e involucrarme en temas ocultistas. Intenté contactar con mi hermana muerta, pero todo lo que lograba eran pesadillas. Notaba cómo los demonios habían entrado en mi vida. Bajo su oscura influencia, veía cada vez más y más películas de terror. Pronto, era adicta a películas extremadamente crueles.

La escena motera

Pasaba los fines de semana en el ambiente motero, donde encontré reconocimiento, independencia, poder y autoafirmación en la vida loca. Mi vida diaria era una rutina de fumar marihuana, beber, peleas de puños y espectáculos sexuales, acompañados de la música rockera más dura. Quería conducir motos más y más potentes y necesitaba dosis más grandes de autodestrucción.

Mi matrimonio a los 21 años no ayudó mucho. Ahora era mi marido quien me pegaba en lugar de mis padres. La gota que colmó el vaso fue cuando quiso vender mi moto: Le dejé en ese preciso instante. Mi segundo matrimonio, poco tiempo después, fue un calco del primero. Dejé ese círculo de violencia, alcohol y separación, llevándome a los dos niños de mi segundo matrimonio conmigo. Mi visión de los hombres estaba tan deteriorada, que los veía como algo abocado al fracaso. Dentro de mí levanté una barrera para protegerme de futuras desilusiones.

“Reinas del Asfalto”

Habiéndome vuelto más dura y violenta, fundé un club de mujeres llamado Queens of the Road (Reinas del Asfalto) en 1989. Íbamos de concentración a concentración, famosas del mar del norte al mar báltico. Viví en diferentes mundos: Durante el día era una empresaria y madre, de noche conducía un taxi y los fines de semana era la presidenta de las Reinas del Asfalto.

Durante este tiempo, conocí a un hombre que me preguntó si quería una experiencia sexual realmente increíble. Terminé viéndome en situaciones realmente perversas que incluían prácticas sadomasoquistas. Finalmente descubrí que podía infligir a los hombres el mismo dolor que me habían provocado a mí durante tantos años, pudiendo devolverles mi resentimiento. Estaba fascinada por el poder que había logrado sobre los hombres, a quienes odiaba tanto.

Llegando al final

En octubre de 1997, amanecí en una cama al lado de un hombre que aunque conocía, no tenía con él más que una relación sexual. De repente vi de forma clara que la vida caótica y sin límites que estaba llevando, me conducía a un profundo abismo de adicciones, perversiones sexuales y ocultismo. En este camino de perdición, me estaba encaminando a la muerte o la cárcel en el mejor de los casos. Mis dos hijos, a quienes amaba a más que nadie, me vinieron a la mente.

Salí de allí sin decir adiós, dejando una nota que decía “No me llames más”. En el coche lloré con rabia: “¿Acaso nadie me va a ayudar? No quiero vivir así más”. Estaba sin dinero, tenía a un loco ex-marido que intentaba destruirme y mi perverso frenesí sexual por dañar a los hombres se hacía más fuerte. ¿Cómo podía salir de esto?

Mi llanto fue escuchado

Al día siguiente fui con mi club a una concentración motera, donde una amiga me presentó a Henning, el primo de su novio. Henning me intrigó desde el primer momento. Había algo diferente en él, algo que lo hacía único entre todos los hombres que había conocido antes y que me habían llevado a odiar al sexo opuesto. Henning irradiaba una gran calma. Cuando nos despedimos, habiendo quedado en vernos otro día, me dejó con una sensación que desconocía: una extraña y misteriosa paz.

Me visitó el lunes siguiente por la mañana. Me alegré de verle, aunque estaba segura de que al igual que todos los hombres, sólo quería “una cosa”. Sin embargo, todo salió distinto a como había pensado. Me dijo que acercara a mi hijo de 18 meses a la mesa donde estábamos y se puso a jugar con él de forma afectuosa. Estaba sorprendida: nadie jamás se había interesado por mis hijos, ni su propio padre.

Charlamos, y llegados a un punto, empezamos a hablar de nuestras aficiones. Dijo que su mayor *hobby* era Jesús. Me alarmé. ¿Me estaba metiendo en una secta? Pero había algo que me calmó, y disfrutamos del resto del día. El día siguiente, volvió a visitarnos, trayendo consigo la misma atmósfera de calma, seguridad y alegría.

Después de habernos ido conociendo durante unos días, Henning me dijo que tenía que ir al sur de Alemania por negocios. Me preguntó si quería acompañarle junto a mis dos niños. Sentí curiosidad, así que acepté su ofrecimiento. Una mañana, Henning había ido a su oficina para ir adelantando trabajo, así que nos quedamos solos en su apartamento. Mirando una estantería, cogí un libro y comencé a leer una fascinante historia sobre una persona muerta que había resucitado.

Jesucristo está vivo

Me acordé de que había escuchado esta historia antes, cuando mi abuela nos leía cuentos, así que observé la cubierta del libro. Me sorprendió cuando leí lo que ponía: “La Biblia”. Curiosa, seguí leyendo, y después de un rato quería saber si lo que estaba leyendo era real. Dije en alto: “Jesús, si realmente existes, entonces muéstrate a mí. Ven a mi vida y yo te acompañaré”.

Lo que entonces sucedió fue increíble. Noté cómo alguien entró en la habitación, alguien a quien no podía ver, pero en cuya presencia todos mis errores de mi vida pasada afloraban a mi mente. Tomé una libreta y apunté todos los pecados que podía recordar. Le pedía a esa persona invisible, que sabía estaba ahí para perdonarme. En un instante, sentí una tremenda paz, calma, seguridad y alegría. Mi corazón se ablandó y comencé a llorar.

Cuando Henning volvió, notó que algo había ocurrido.

-“¿Te ha pasado algo?”

-“¿Por qué?” Le respondí.

-“Todo es muy diferente aquí” me dijo. Cuando se acercó a mí me miró a los ojos y exclamó: -“Has entregado tu vida a Jesucristo”.

-“Sí, ¿cómo lo sabes?” contesté.

-“Has perdido la dureza de tu mirada, ¡incluso estás sonriendo!” Esas fueron sus palabras mientras nos abrazábamos. Por primera vez en mi vida, supe lo que era el amor. Era como si nos uniéramos en nuestra mente y nuestra fe a través de Jesucristo.

Ahora Cristo conduce mi vida

De vuelta al norte de Alemania, no quise decirle a nadie lo que había sucedido, pero no lo podía ocultar. Mis amigos notaron enseguida que había cambiado radicalmente. Les expliqué que había entregado mi vida a Jesucristo. Me miraron como si estuviera loca, y no tuvieron ni una sola palabra buena que decirme. Lo mismo ocurrió con todas las personas que conocía. Decidí mudarme a otro lugar y comenzar una nueva vida.

Jesucristo es ahora quien conduce mi vida, ¡y debo decir que en ocasiones la conduce a gran velocidad! Mi vida ha cambiado radicalmente. Se ha acabado esa época en la que me involucraba en perversas actividades sexuales. Mi actitud respecto a la sexualidad se transformó de un día para otro, al igual que mi expresión ruda, mi deseo de poder y mi adicción al ocultismo y las películas de terror.

Henning y yo nos casamos en 1999. El año antes, mi padre entregó su vida a Jesús en su lecho de muerte. Ahora vivimos en nuestra propia casa y tenemos cinco estupendos hijos. Tres de ellos son adoptados, tal y como habíamos pedido en nuestras oraciones. Estoy a un paso de pagar mis deudas financieras y he perdonado a mi madre, hermanos y a todos los que me dañaron. Veo a las personas desde una perspectiva diferente y he conseguido muchas nuevas amistades. No quiero ignorar mis obligaciones como madre nunca más. Por todo ello, gracias le doy a Jesús, Nuestro Señor.